

MADRE ALBERTA Y EL ADVIENTO

Llega el otoño y con fuerza despoja los árboles sin compasión, dejando por el impulso del viento, las hojas caídas a su paso. El otoño nos introduce en una estación diferente. La naturaleza cambia y nos asombra con su nueva imagen. Lo viejo da paso a lo nuevo, la vida se recrea una y otra vez en cada árbol y en cada ser.

Con el otoño llega también el adviento, tiempo preparatorio para una venida asombrosa que se sucede cada año. El adviento es un tiempo en el que cultivamos especialmente la esperanza. Y junto a la esperanza, la atención, el deseo. La esperanza significa espera, paciencia, firmeza, confianza.

Ningún adviento sería posible sin el Espíritu. Él es el que hace posible la realización de todas las promesas. Él es “la promesa del Padre” (He 1,4). Él es el que planifica todos los deseos y da cumplimiento a las esperanzas. Para que la obra de Dios se lleve a cabo, tiene que llegar el soplo del Espíritu, como pasó en la Creación, como pasó en la Encarnación, como pasó en la Resurrección.

Y así pasó en la vida de Madre Alberta, fue el Espíritu quién la preparó para otros destinos haciendo posible su transformación. Su vida fue una pascua continuada, de luces y sombras, de muerte y resurrección. Alberta, mujer asombrada por las sorpresas continuas del Señor, abrigaba en su corazón la esperanza de su venida. Una venida para consolar su espíritu dañado y herido por tantos sinsabores que tuvo que padecer y, a su vez, tener la fortaleza espléndida de seguir, seguir el camino del Espíritu con admirable resolución y docilidad.

A sus 82 años escribía con inmenso cariño a una hermana de la Pureza por el fallecimiento de su madre con unas palabras que reflejan su propia autobiografía: “Grandísima pérdida; pero tiene Vd. fe y sabe que Dios lo dispone todo para nuestro mayor bien, aunque nuestra pobre inteligencia no alcanza a comprender el por qué (...) Lamentamos la pérdida de los seres queridos; pero dobleguemos, resignemos y bendigamos la paterna mano que nos hiera”¹. Ella, que sabía de dolores amasados con lágrimas durante años, consuela a sus hijas. En lo hondo de sí, esperaba cada día al Señor, era una espera dulce y alegre, porque sabía reconocer al autor de todo bien.

Alberta, mujer de humilde fe, confiada y llena de esperanza, dócil a la voz del Espíritu, vive su vida como un gran adviento. El Espíritu está por venir, el Espíritu llega a su vida y la llena de sentido y fortaleza.

Ven, ven Espíritu que “el tiempo de nuestra lucha es corto”².

Ven, ven Espíritu para “vencer mi flojedad y tibieza”³.

Ven, ven Espíritu “para aceptar las contrariedades y molestias que la vida me ofrece”⁴.

Ven, ven Espíritu “para nada temer de tan buen Padre”⁵.

Ven, ven Espíritu “para unirnos a Jesús y verle en todas las cosas”⁶.

Begoña Peciña, rp,
Noviembre, 2022

¹ ALBERTA GIMÉNEZ: *Cartas*, 393,15.3.1919.

² ALBERTA GIMÉNEZ, *Ejercicios Espirituales*, Meditación de la Resurrección de Cristo, 26.08.1882.

³ ALBERTA GIMÉNEZ, *Ejercicios Espirituales*, 20.08.1886.

⁴ ALBERTA GIMÉNEZ; *Ejercicios Espirituales*, Plática, fin del hombre, 1887.

⁵ ALBERTA GIMÉNEZ, *Cartas*, 354,31.05.1915.

⁶ ALBERTA GIMÉNEZ, *Ejercicios Espirituales*, Meditación de la Resurrección de Cristo, día 24, 1882.